

Para sus amigos manchegos, Valentín Arteaga es ministro plenipotenciario en la vecindad de Dios, pasante de desasosie-

Valentín Arteaga: del tiempo recordado y su insistencia en la esperanza

Federico Gallego Ripoll

gos, el que acompaña a nuestra conciencia al médico en las horas oscuras de la destemplanza. En él, la incertidumbre ha depositado muchas veces el riesgo de su última moneda, y siempre han resultado el rédito abundante y la ganancia conveniente. Será que vive en Roma, que es como la Mancha de los altos cargos en cuanto a cercanía a las cocinas del misterio salvífico, y tiene desparpajo y anchura de alma suficientes como para ser completamente poeta, y completamente siervo bienaventurado, y también templado capataz de astuta mano izquierda para coordinar a esa cuadrilla de hombres sabios y libres que son su teatinos, completamente. Y escritor. Y pensador reflexivo que desguarnea al lector con la clara evidencia de su verdad sensata.

Ahora vuelve a regalarnos, con este *Lugar al sol*, un compendio de artículos –el tercero–, que han ido apareciendo a lo largo de los últimos años en *EL PERIÓDICO*, y una vez más advertimos que la realidad de un todo sobrepasa y multiplica a la de sus partes. Las pequeñas ventanas sucesivas han devenido en amplio ventanal que guía nuestra mirada hacia un horizonte generoso. Porque Valentín Arteaga no solamente habla de lo que habla, y ni siquiera también de lo que calla; sino que la eficacia de su discurso recae en la sutileza de cuanto se sustenta en esa línea difusa donde sombra y luz confluyen sin rechazarse, otorgando al otro lo mejor de sí. Y contándonos cosas de entonces, o de siempre, nos viene a contar cosas de ahora, porque un ayer recobrado eligiendo tonos de bienaventuranza convierte traslucos y distancias en un gozoso *maranatha* de adviento; y es que la convicción y la gratitud no son cosas del pasado, sino anhelo preciso del ahora. Lo narrado por el poeta (también la poesía imprime carácter), apela a la verdad que trasciende al tiempo y a las ideologías. La Mancha por la que corretean sus palabras, suben y bajan

cuestas, abren piqueras o juegan al caliche, y desde la que convida al viajero que busca o que regresa, es la que permanece cuando todas las palabras se evaporan en el verso dejado a la intemperie: un territorio emocional, Macondo de la conciencia, Argamasilla de la primera vez de cada sentimiento, y Criptana de los domingos diáfanos de mayo.

La recuperación de la infancia como ámbito metafísico es aquí algo más que la presencia de una topografía sentimental nutrida de historias entrañables cuajadas de vocablos sonoros y genuinos: la tierra amplia, extendida y derramada a cada extremo del paisaje como certeza de cuanto subyace a lo profano, residencia o trasunto de un Dios abrazador, muchas veces intuido en lo pequeño, sombra de encina o pocillo de agua honda junto al que desatarse las sandalias y reposar.

Como autor consecuente –aun en lo más banal en apariencia de estos textos de Valentín Arteaga– nada escapa a su intención y testimonio de compartir una experiencia de lo trascendente, manifestado de continuo por las calles y plazuelas del tiempo recordado, incólume en los olores, en la luz, en el tránsito de las estaciones sobre una comarca que es trasunto del mundo todo, y de todas las pérdidas, y de toda confianza. El lector mínimamente atento advierte que desde donde escribe el poeta es desde una raíz común que nos convoca y nos evoca a todos, pues todos participamos de esa memoria lúcida que va más allá de las palabras, y que se sustenta en costumbres, emociones, objetos y personas que forman parte de nuestra esencia, diversa y compleja pero hermanada en lo elemental. Conviven en armonía en estos textos, que son también itinerario de conocimiento, descripciones de una geografía idealizada que nos hace transitar en su compañía, pequeños ensayos sobre la idiosincrasia manchega, digeribles grageas de

catecismo lúdico para viajeros despistados, celebración de nombres que nos son referente, y vehementes declaraciones –hacia la tierra– de novio perpetuo a quien, a pesar de los muchos decenios de combustión callada, sigue sin llegar –afortunadamente– la camisa al cuerpo.

De todo nos hace partícipes el poeta, y en todo nos embarca como a polizones estimados ante quienes hace la vista gorda obviando muchas veces la falta de solvencia de una fe quebradiza. Él nos invita a su “lugar al sol” que es mucho más que un destino geográfico o literario, porque sabe transmitir lo que ve más allá de su propia descripción, y a dónde tiende, y en qué modo reivindicando esta realidad profunda de la que tomamos cal y sustancia. También la suya es visión de la disidencia en medio de esta etapa de alas mojadas donde la pesadez del aire enturbia la gracia del vuelo. Menos mal que nos quedan su palabra y su mirada: su palabra, a través de la que podemos nosotros mirar. Los sueños en su sitio y Dios en el de todos. En el fondo, su invitación es, más que a mirar, a que nos dejemos mirar por el amplio y confortable sol del recuerdo, que restaura lo iniciático de un tiempo sin dobleces. “La realidad va a su costumbre y basta”, dice. Tomar a Dios como tomar el sol: quedarnos en silencio y en reposo mientras la luz del Dios de Valentín Arteaga, que es el mismo Dios de nuestros ancestros, nuestras vacilaciones y nuestro olvido, alumbraba sobre nosotros sin filtro protector que mitigue su misericordia, su empecinamiento en la esperanza.

Habrà que retomar con calma los cincuenta y cuatro apartados que componen este *Lugar al sol* siguiendo cada renglón con el dedo índice, para que no se escabulla ningún diminutivo, porque en cada uno de ellos hay una pequeña parte de la esencia de nosotros mismos que creíamos perdida, y que ahora regresa a través de estos textos como un hijo pródigo largamente anhelado.

En un rascacielos de la ciudad de Nueva York, había continuas quejas de los usuarios porque los ascensores eran muy lentos. La gerencia consultó a diversos técnicos y las soluciones que dieron fueron tales como construir más ascensores o hacerlos más rápidos. Una persona ajena a esos conocimientos técnicos propuso: “Pongan espejos”. Siendo ésta la solución adoptada finalmente. Había entendido el verdadero origen del problema: no era cuestión de velocidad sino de aburrimiento en la espera de la subida de decenas de pisos. Los usuarios se distraían en los minutos que antes les parecían eternos. Este ejemplo tan gráfico lo emplea el psicólogo Mauro Rodríguez Estrada para ilustrar el concepto de creatividad y pensamiento divergente. La creatividad es una característica natural de la especie humana y una de las que nos distingue de las otras especies de seres vivos.

La creatividad se puede definir como la habilidad de encontrar soluciones a un problema. Es el intento de buscar alternativas respecto a algo existente, la capacidad de relacionar y conectar partes diferentes aparentemente inconexas. El complejo y prolongado proceso de la creación nace de la interacción entre el individuo y su entorno, que da

Escuela de creadores

Raúl Gallardo Lorenzo

como resultado la producción de algo nuevo, una idea, un producto o una solución. Hay que entender la creatividad como un proceso de descubrimiento, más que como una ley o verdad aplicable a todo, que produce resultados esperados. La solución se encontrará a través de un recorrido de búsqueda, mediante ensayo y error. Entre dos soluciones, es probable que la correcta sea la más sencilla. Nunca debemos aceptar nada a priori, todo es cuestionable. Si existe algo que ya funciona, está obsoleto; es decir, siempre hay un método mejor para hacer algo. Todos deseamos ser reconocidos en nuestra actividad profesional o nuestra propia vida diaria, con calificativos tan atractivos como el de ser creativos y originales. Tiene cierta aura o resonancia que da valor a todo aquello que recibe el calificativo de innovador. Es apreciado desde el punto de vista social, económico, laboral o puramente emocional. Thomas A. Edison afirmó que “el genio está compuesto por 1% de inspiración y 99% de transpiración”; por ello, el proceso creativo

debe ser entendido como un recorrido de investigación, estudio, esfuerzo y trabajo que nos llevará a obtener esos resultados originales e innovadores tan deseados.

Vivimos una época de cambios continuos y acelerados, de gran competitividad, donde hemos tomado conciencia de que la principal fuerza de las sociedades es el potencial humano, su originalidad, su espíritu innovador y su actitud de autosuperación. Por ello, la educación ha dejado de ser una pura transmisión de contenidos y se preocupa de desarrollar las capacidades potenciales de los futuros ciudadanos. De aquí que la creatividad se haya convertido en la protagonista de la actividad docente y formativa de los futuros profesionales. En los estudios de Artes Plásticas y Diseño, que impartimos en la Escuela de Arte Antonio López, nuestros alumnos aprenden que “la diferencia entre la inspiración y el producto final es una enorme cantidad de arduo trabajo, disciplina, entrenamiento, práctica, ensayos y rechazos. Habrá creadores como Mozart que producen sin esfuerzo aparente y habrá creadores como Beethoven cuyas obras son resultado de un proceso lento y difícil”. (Abraham Maslow)

Raúl Gallardo Lorenzo es profesor de Dibujo Artístico y Color de la Escuela de Arte Antonio López



impresión offset y digital

diseño • maquetación • revistas • libros • folletos • papelería corporativa
catálogos • carpetas con/sin anillas • carteles • plotters • mupis
calendarios de todas clases • tarjetas • flyers • etiquetas • invitaciones
menús • programas • memorias • tesis • mailings personalizados
memorias USB • encuadernación • troquelados • acabados

Ronda de la Mata, 15 - local 3 • 13004 CIUDAD REAL • Tel.: 926 23 27 25 • info@impresionarte.ws • www.impresionarte.ws